

# UTOPIAS

Número

2

Mayo-junio  
de 1989

Revista de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM

Carlos Pellicer: *Cinco postales*

Rafael Alberti: *Golfo de sombras*

Gianni Vattimo: *Posmodernidad y fin de la historia*

Carlos Monsiváis: *Vino todo el pueblo y no cupo en la pantalla*

Margo Glantz: *Centenario de Alfonso Reyes*



Dossier

*Problemas de lo posmoderno*

Maurizio Ferraris

■ Horacio Cerutti/*Utopía y América Latina* ■ Federico Ortiz Quesada/*Saber médico* ■ Carlos Ramírez/*El proyecto salinista* ■ César González/*Apuntes para la historia de la institución universitaria* ■ Vicente Leñero/*Conmigo a la distancia* ■ Hugo Hiriart/*El fugaz presente de Pero Galín* ■ Gilberto Meza/*Ryszard Kapuściński: romper las lindes*

4 mil pesos

# UTOPIAS

□ Número 2 □ Mayo-junio de 1989

Director: Arturo Azuela

Coordinador: Sergio Pitol

Consejo editorial: Federico Álvarez, Herman Bellinghausen, Elisabetta Di Castro, Esther Cohen, Ana María Escalera, Gerardo de la Fuente Lora, Anamari Gomís, Juan Meléndez, Cesáreo Morales

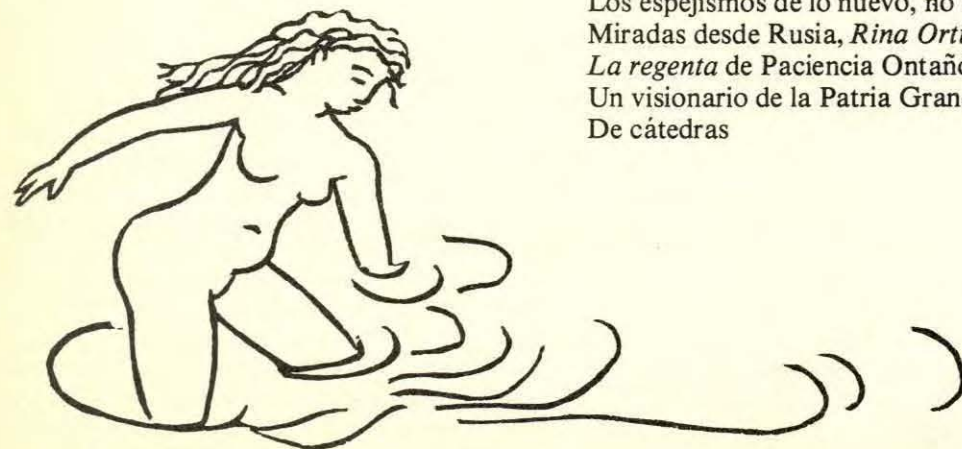
Administración general: Juan Meléndez

Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM  
Secretaría General  
Ciudad Universitaria; Coyoacán; 04510 México, D.F.  
Teléfono 548 14 52

Utopías no responde por textos no solicitados

Producción editorial: *Equipo Editor, S.C.*; Ámsterdam, 33-B; primer piso; colonia Hipódromo; 06100 México, D.F.; teléfonos 533 39 02 y 211 86 86 □ Cuidado de la edición: *María del Carmen Merodio y Miguel Ángel Guzmán*  
Diseño y diagramación: *Fernando Rodríguez*

Las ilustraciones del presente número están tomadas de *Maillol Nudes: 35 Lithographs by Aristide Maillol*, Dover Publications, Nueva York, 1980; *Maillol Woodcuts: 303 Great Book Illustrations by Aristide Maillol*, Dover Publications, Nueva York, 1979; Albert Fidelis Butsch, *Handbook of Renaissance Ornament*, Dover Publications, Nueva York, 1969; *Elementos tipográficos del siglo XVIII*, Archivo General de la Nación, Serie de Información Gráfica, México, 1981; Aurelio de los Reyes, *Cine y sociedad en México, 1896-1930*, UNAM-Cineteca Nacional, México, 1981; archivo gráfico de Equipo Editor, S.C.



## Cuestiones de teoría

- Posmodernidad y fin de la historia, *Gianni Vattimo* 2  
Utopía y América Latina, *Horacio Cerutti Guldberg* 8  
Saber médico / Hacia una epistemología de la medicina,  
*Federico Ortiz Quesada* 15

## El acontecimiento

- El proyecto salinista, *Carlos Ramírez* 17  
Apuntes sobre la historia de la institución universitaria,  
*César González Ochoa* 27

## Cultura y crítica

- Pellicer viajero / Cinco postales 35  
Golfo de sombras, *Rafael Alberti* 40  
Vino todo el pueblo y no cupo en la pantalla / Notas sobre  
el público del cine en México, *Carlos Monsiváis* 42  
Connigo a la distancia, *Vicente Leñero* 49  
El fugaz presente de *Pero Galín, Hugo Hiriart* 52  
Ryszard Kapuściński: romper las lindes, *Gilberto Meza* 55

## Dossier

- Problemas de lo posmoderno, *Maurizio Ferraris* 58

## Centenario de Alfonso Reyes

- Una mirada profética: la Visión de Anáhuac, *Margo Glantz* 65

## Libros e información

- Los espejismos de lo nuevo, no tan nuevo, *Ana María Escalera* 67  
Miradas desde Rusia, *Rina Ortiz* 68  
*La regenta* de Paciencia Ontañón, *Anamari Gomís* 70  
Un visionario de la Patria Grande, *Leticia Flores Farfán* 72  
De cátedras 74

Después de un *impasse* de cuarenta días, el gobierno del presidente Carlos Salinas de Gortari se lanzó a fondo: la detención del líder petrolero Joaquín Hernández Galicia marcó realmente el inicio de la gestión de gobierno del exsecretario de Programación y Presupuesto como parte de una reestructuración global del país que comenzaría a conocerse como la *salinastroika*. Lo ocurrido posteriormente en otros sectores —el empresarial, con el encarcelamiento de Eduardo Legorreta Chauvet; el político, con el desplazamiento de algunos *dinosaurios*; y el policiaco, con la lucha contra *capos* del narcotráfico— no vino sino a confirmar la apreciación de que el arranque de la presidencia salinista —por razones de un proceso electoral bastante desaseado— había de pasar primero por la recuperación de la capacidad de gobierno mínima, inclusive por encima de la recomposición de alianzas, pactos y complicidades.

El problema del gobierno salinista era doble: tiempo y margen de maniobra. El primero le resultaba indispensable, porque el presidente Salinas de Gortari no podría gobernar el país hasta que no se resolviera adecuadamente el problema de la deuda. Lo segundo le era necesario debido al resultado electoral: por primera vez un presidente de la república de la etapa de partido dominante tendrá que gobernar con apenas 50,76 por ciento de los votos, y aun este resultado, muy discutible. Lorenzo Meyer lo ilustró con el siguiente ejemplo: el gobierno parecía un barco que no podía llegar a puerto seguro por falta de combustible, y así el capitán se veía orillado a ordenar que se fueran desmantelando algunas partes de la nave para alimentar la caldera.

El gobierno salinista debía considerar en el trasfondo de sus dificultades dos factores adicionales: por una parte, la responsabilidad directa del presidente Salinas de Gortari en los

reflujos de la crisis económica durante el sexenio del presidente Miguel de la Madrid, en el que fungió no sólo como secretario de Programación y Presupuesto, sino como estratega fundamental de la política anticrisis —por tanto aparecía a los ojos de los priistas como el responsable de un rezago social sin precedente—. Por otra parte, la intención del gobierno salinista de implantar un nuevo proyecto nacional de desarrollo con efectos en todas las esferas de la vida nacional, tomando en cuenta que los primeros avances de ese proyecto habían provocado un costo social profundo en todos los sectores nacionales.

Muy pronto se acumularon las evidencias de que el proceso de entronización del salinismo, y por tanto de la implantación de la *salinastroika*, iba a ser difícil, doloroso y complicado.

I

El proyecto salinista no surgió en el vacío. Sus primeros indicios remiten a lo ocurrido en el sexenio del presidente de la Madrid, y sin duda al entorno nacional e internacional de entonces. Para los ideólogos del salinismo, el punto que quiebra la trayectoria del país lo marca la nacionalización de la banca el primero de septiembre de 1982. Esa decisión presidencial marcó el punto máximo de ejercicio presidencial y avance del Estado en el sistema productivo, pero al mismo tiempo mostró el agotamiento del liderazgo nacional de la clase política priista. Si bien la expropiación bancaria permitió que el Estado recuperara capacidad de acción, tradicionalmente reducida por el comportamiento del sector financiero privado, al mismo tiempo rompió los últimos acuerdos no escritos entre las clases sociales productivas que definieron históricamente a la economía mixta como factor clave en la convivencia entre el Estado y el sector empresarial privado.

En 1982 el país evidenciaba

## El proyecto salinista

Carlos Ramírez

ya el agotamiento del viejo esquema de crecimiento. Por más esfuerzos que se hicieron para reconstruir el deteriorado edificio nacional, finalmente eran más los signos de agotamiento general que los indicios de recuperar lo perdido. De hecho, se asistía entonces a la comprobación de que la estructura productiva, distributiva y de participación era menor que las demandas de bienestar y politización de la sociedad. Lo que en 1970 comenzó a percibirse y en 1976 tenía su primera gran crisis, en 1982 aparecía ya como indicador de que los *tiempos modernos* exigían planteamientos más audaces. La misma deserción nacional que implicó la fuga de capitales desde el segundo semestre de 1981 a septiembre de 1982 comprobaba la singularidad de los hechos; los viejos estilos de convivencia y los tradicionales mecanismos de conciliación no estaban funcionando, y por tanto había que pensar en sustituirlos.

1982 fue el punto culminante de las tres grandes crisis nacionales: crisis del modelo de desarrollo, crisis del sistema político y crisis de los pactos sociales. En suma, los históricos mecanismos de producción y distribución, de participación social y de distribución de áreas de poder, no estaban funcionando. Los primeros indicios de estas tres grandes crisis ya habían asomado: en 1968 estalla la gran crisis en el sistema político; en 1976 estalla la gran crisis en el modelo de desarrollo; y en 1982 estalla la gran crisis en los pactos sociales. La incapacidad de los gobiernos de Gustavo

Carlos Ramírez. Mexicano, periodista, escritor, ensayista especializado en temas de economía. Actualmente es jefe de información económica del periódico *El Financiero*.

Díaz Ordaz, Luis Echeverría y José López Portillo condujeron a una acumulación de desequilibrios sociales, productivos y políticos que impidieron fórmulas de reconciliación o de reconstitución del viejo proyecto nacional mexicano, definido históricamente con base en acuerdos no escritos entre sectores políticos, sociales y productivos.

Las tres grandes crisis nacionales no fueron sólo evidencias de desajustes, sino datos de rupturas estructurales. Es decir, no se trataba de desacuerdos ni desavenencias, sino de desarreglos que mostraban nuevas correlaciones de fuerzas políticas y productivas, unas avanzando a costa de las otras. Eran, en suma, indicios de una nueva realidad en la que se apreciaba una sociedad más participativa y sectores políticos y productivos dispuestos a rebatirle hegemonía y titularidad a la clase política gobernante y, por derivación, al propio Estado. Las tres grandes crisis indicaban, pues, el agotamiento del liderazgo del Estado en su conformación de

entonces y la necesidad de encontrar acuerdos de recambio. La posposición de esta tarea no hizo sino acumular más desequilibrios y discordancias, hasta que la nacionalización de la banca mostró la ruptura final.

La certeza de que las cosas ya no podían funcionar como antes estaba implícita en las causas de esas rupturas estructurales:

1. *La crisis del modelo de desarrollo* estaba señalada por hechos concretos: la incapacidad del sistema económico para producir y distribuir equitativamente lo que estaban demandando las crecientes generaciones de mexicanos. El modelo del desarrollo estabilizador había respondido a un contexto determinado, y además se enmarcó en una economía internacional más estable. Aunque en la sucesión presidencial de 1970 existía un tipo de cambio bajo, libre, estable y equilibrado, el costo social de esa estrategia no podía ocultarse: México mostraba los rasgos de un rezago social acumulado, la riqueza producida no sólo no alcanzaba para todos, sino que estaba peor distribuida. La planta productiva era ineficiente y dependía de cada vez más costosos esquemas de proteccionismo comercial, industrial, fronterizo y evidentemente político. Hacia 1970 alrededor de un tercio de los mexicanos estaba fuera de ese modelo de desarrollo.

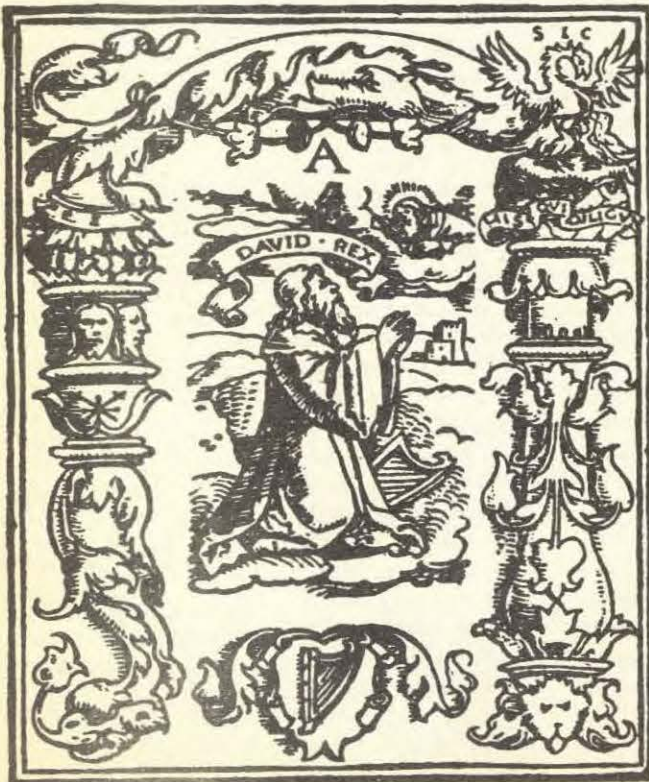
Paralelamente al sistema productivo, la política económica misma estaba agotada. Había dado de sí en las tres décadas en las que todo giraba, no en torno de la distribución social de la riqueza productiva, sino del mantenimiento de un tipo de cambio estable, fijo, bajo y libre. Ello había limitado la distribución social del gasto público, además de haber pospuesto políticas fiscales más justas y promovido el endeudamiento externo como sustituto del ahorro interno. El principal dilema de 1970 —verdadera encrucijada política— era inocultable: crecer poco para evitar el sobrecalentamiento de la economía, aun a costa de acumular más rezagos socia-

les, o buscar un desarrollo más dinámico para repartir más, pero con el peligro de acumular desequilibrios financieros que algún día habrían de pagarse.

La devaluación del peso el 31 de octubre de 1976 mostró que el modelo de desarrollo tenía limitaciones y que era necesario sustituirlo.

2. *La crisis en el sistema político* reproduce algunos elementos de la crisis en el modelo de desarrollo. El sistema político dependía de tres variables —Daniel Cosío Villegas *dixit*—: el presidente de la república, el PRI y el avance económico. Los tres elementos constituían la legitimidad de la clase política gobernante, en términos del aval de la sociedad debido a tres hechos concretos: ausencia de una oposición fuerte, permeabilidad social de la ideología de la revolución mexicana y constitución de un presidencialismo y un príismo aglutinadores de intereses de toda la sociedad. El Estado representaba los intereses sociales y de bienestar de las fuerzas determinantes del país, y por tanto la estructura del sistema político respondía a la representatividad social nacional.

Ello se puso a prueba en los ciclos de endurecimiento del gobierno, sobre todo en las grandes represiones contra médicos, ferrocarrileros, partidos de izquierda, sindicatos independientes y estudiantes de provincia. Sin embargo, cuando la sociedad se movilizó en torno a ideas democráticas en un contexto nacional e internacional diferentes, entonces el sistema político no pasó la prueba: históricamente aglutinador de grupos sociales y políticos con ideologías afines, hacia 1968 decidió ser excluyente. Los estudiantes *jalaron* a agrupaciones sociales y éstas se vincularon con sectores populares en la demanda de una democracia mínima: pluralismo partidista. La gran represión limitó los espacios de la crisis en el sistema político. Nada ha sido igual desde el 2 de octubre de 1968. Veinte años después, inclusive, la referencia obvia de las elecciones del 6 de julio de 1988 es justamente el movi-



miento democrático de 1968.

3. Una vez que las insuficiencias del modelo de desarrollo estallaron en crisis económicas recurrentes y que la ola democrática posterior al '68 agudizó la crisis de legitimidad del PRI y del sistema presidencialista, la siguiente ruptura lógica se dio en los *acuerdos consensuales* entre sectores, grupos y corrientes. Las crisis en la economía y en la política exhibieron, de suyo, una nueva correlación de fuerzas sociales y productivas que andaban a la busca de nuevos espacios de participación. El liderazgo del Estado comenzó a ser puesto a discusión, primero, y después sometido a presiones constantes. Surgieron paulatinamente grupos productivos y políticos nuevos, y la sociedad misma fue transformando su perfil demográfico, social y político. Era imposible, en consecuencia, que siguiera funcionando el mismo Estado en contextos productivos y políticos muy diferentes.

La crisis del modelo de desarrollo colocó automáticamente la hegemonía del Estado ante una obligada reestructuración. La crisis de 1976 fue producto de una crisis fiscal del Estado: aumento en los gastos para disminuir el rezago social, ante una insuficiencia y estancamiento en los ingresos. La devaluación obligó al Estado a volver a sus fronteras históricas del pasado, pero después de fricciones, polémicas y disputas con su oponente secular: el empresariado privado. La crisis del sistema político se convirtió en un debilitamiento del PRI y del presidente de la república, debido a sus propios problemas internos e instituciones que no podían cumplir con su función histórica de proveer el bienestar social de los mexicanos. Así, la crisis económica marcó el retroceso del Estado y el avance empresarial, y la crisis política mostró el retroceso del PRI y del presidencialismo, y el avance de la oposición. Ello llevó, de modo natural, a la exigencia de replantear los pactos sociales, políticos, económicos y productivos que estaban justificados en tanto el

modelo de desarrollo y el sistema político tuvieran vigencia y legitimidad.

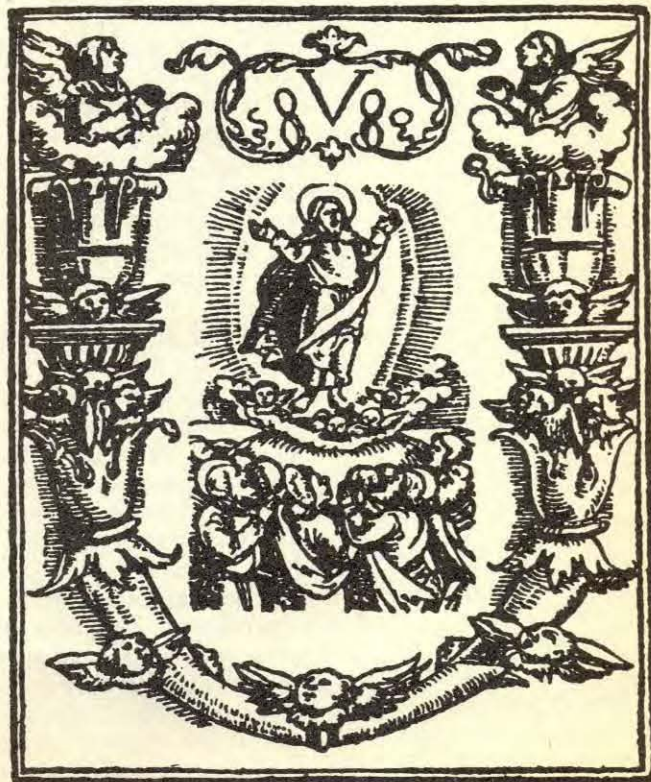
Desde 1968 el país estaba urgido de un replanteamiento global de su viabilidad como nación independiente, tal y como lo mostraban las evidencias de desequilibrios que se fueron acentuando más y acumulando a lo largo de los años posteriores. Hubo algunos débiles intentos de enfrentar globalmente la crisis, pero la estrechez de miras no hizo sino agudizarla: devaluaciones, reformas políticas, alianzas productivas y planes globales constituyeron intentos aislados por encarar lo que ya se percibía como una verdadera crisis general de México. Al agotarse los viejos esquemas y no surgir los nuevos, el país hubo de enfrentar una larga crisis de transición de tres sexenios en los que lo viejo no acababa de morir y lo nuevo no acababa de nacer. La tardanza en la oferta de solución a esas tres grandes crisis llevó, asimismo, a una crisis en la transición de la crisis, que condujo al presidente Miguel de la Madrid a optar por la candidatura presidencial de Carlos Salinas de Gortari como el abanderado de ese nuevo proyecto global de desarrollo que iba a romper con el círculo vicioso de la crisis de transición.

## II

A varios años de distancia, y una vez conocida la propuesta salinista de gobierno, se aprecia un hecho que comenzó primero como crítica y después como argumento político, y que hoy se confirma como una realidad: la nominación presidencial de Carlos Salinas de Gortari no fue una reelección de Miguel de la Madrid, sino una reelección de Carlos Salinas de Gortari. El gobierno delamadridista sirvió de plataforma de lanzamiento de un proyecto nacional y global de desarrollo que interpretaba las crisis del pasado y planteaba salidas de fondo. No se proponía resanar el país, sino reconstruirlo a través de redefiniciones nuevas y de objetivos

más viables. La nueva propuesta buscaba influir sobre definiciones, metas, compromisos y alianzas del viejo modelo, a fin de ajustarlas a las posibilidades de un modelo productivo, distributivo y político diferentes. En su propuesta de Plan Global de Desarrollo 1980-1982 —redactado por Carlos Salinas de Gortari, entonces director general de Política Económica y Social de la Secretaría de Programación y Presupuesto—, Miguel de la Madrid partía de una realidad clara: un país no crece como debe, sino como puede.

Aunque el Plan se enmarcaba en los intentos de reorganización administrativa del gobierno del presidente José López Portillo, el documento de Miguel de la Madrid —presentado en sociedad en abril de 1980— pretendía ser el discurso globalizador del nuevo desarrollo regnado por la oferta lopezportillista. Si bien el énfasis básico destacaba las metas macroeconómicas, dos grandes líneas de definición se percibían entonces:



- Sistematizaba los objetivos del proyecto nacional de desarrollo en términos de promoción del bienestar y no en razones de mandatos histórico-políticos: reafirmar y fortalecer la independencia de México como nación democrática, justa y libre en lo económico, lo político y lo cultural; proveer a la población de empleo y de mínimos de bienestar; promover un crecimiento económico alto, sostenido y eficiente; mejorar la distribución del ingreso entre las personas, los factores de producción y las regiones geográficas.
- Proponía nuevas definiciones básicas de la vida nacional, al excluir el concepto de participación del Estado en la economía para producir, distribuir y generar bienestar, e introducía el nuevo concepto de rectoría económica del Estado como el elemento clave que llevaba implícita una virtual reestructuración productiva y política de las tareas del Estado.

El Plan significaba el primer gran intento por reordenar y reestructurar la actividad económica del Estado sin romper con la trayectoria y compromisos históricos del Estado mexicano, porque López Portillo representaba la última candidatura ajustada —con sus limitaciones— a los compromisos de la revolución mexicana. De ahí, en consecuencia, su afán por aceptar limitaciones en la gestión del sector público y destacar metas macroeconómicas eficientistas, pero con criterios subyacentes que indicaban, sin ninguna duda, el principio de una recomposición de las tareas del Estado sin modificar preceptos constitucionales. Se habló entonces tíbiamente de una reforma económica, pero claramente con la existencia de otros sectores productivos. Se hizo hincapié en la estructura de economía mixta y también se dejó claro el hecho de que una prioridad básica —el

punto 1 de las 22 metas concretas— era el fortalecimiento del Estado para satisfacer las demandas de la sociedad en pleno crecimiento.

El Plan Global de Desarrollo definió la carrera presidencial de 1982. Frente a los demás precandidatos presidenciales —Jorge Díaz Serrano, director de Petróleos Mexicanos; Javier García Paniagua, presidente nacional del PRI; Jorge de la Vega Domínguez, secretario de Comercio; Fernando Solana Morales, secretario de Educación—, detrás de la nominación de Miguel de la Madrid —entonces secretario de Programación y Presupuesto— estaba un esfuerzo de planeación que constituía, por sí mismo, un programa de gobierno que respondía a la continuidad histórica de los gobiernos emanados del PRI. En este Plan participó —más bien fue el hombre clave— como redactor, responsable e ideólogo el entonces hombre de confianza de De la Madrid: Carlos Salinas de Gortari. Ello quiere decir —tomando en cuenta la falta de una idea rectora de De la Madrid respecto a la planeación— que Salinas de Gortari se encargó de darle forma y fondo al Plan, y esto implica que fue responsable de un virtual programa de gobierno.

La propuesta salinista, en consecuencia, comenzó con el Plan Global de Desarrollo. Los pasos se dan con claridad: como candidato presidencial del PRI, de la Madrid convierte el PGD en el programa de gobierno priista y en el programa de acción del PRI. Una vez en el gobierno, de la Madrid le encargó a Salinas de Gortari la Secretaría de Programación y Presupuesto como responsable del sistema de planeación. Ahí se dio forma al Plan Nacional de Desarrollo 1983-1988. Sin los candados políticos del lopezportillismo —mejorar sin romper—, Salinas de Gortari se planteó un sexenio como etapa de transición. De la Madrid era un administrador sin ambiciones —antes de aspirar a la Presidencia de la República deseaba sólo ser gobernador de Colima, su estado

natal— y llegó a Palacio Nacional en lo que se planteaba como la inevitable ruptura en el origen político de los presidentes. Procedente de la burocracia, de la Madrid no pudo —o no quiso— romper con las ataduras políticas tradicionales. Ello se evidenció con un PND ambicioso en sus indicios de reestructuración global y otros programas parciales que no planteaban aún la ruptura.

La segunda etapa del proyecto salinista se define en el Plan Nacional de Desarrollo que elabora como secretario de Programación y Presupuesto. Este Plan va más allá del Plan Global de Desarrollo. Plantea la profundidad de la crisis, señala la incapacidad del sistema productivo para responder a las expectativas de los mexicanos y considera la necesidad de introducir algo más que reformas económicas. Se trata de modificar la estructura productiva del país como único camino para recuperar el crecimiento nacional. Las tres primeras metas claves del PND —conservar y fortalecer las instituciones democráticas, vencer la crisis y recuperar la capacidad de crecimiento— dependían de la cuarta, que se constituyó en la quintaesencia del proyecto salinista: iniciar los cambios cualitativos que requiere el país en sus estructuras económicas, políticas y sociales. Aunque hay propuestas de reestructuración, de la Madrid aparece atrapado en una estructura política que limita la reestructuración productiva: no modifica el PRI ni puede encontrar la justificación para cambiar la ideología política del Estado. En consecuencia, la idea salinista de modificar el proyecto nacional de desarrollo tiene que posponerse.

La tercera etapa del proyecto salinista llega pronto. La aplicación del Programa Inmediato de Reordenación Económica se trastoca en los tiempos políticos —elecciones municipales en 1983 que pierde el PRI, reclamo de los priistas por el programa de gobierno y posibilidades de perder el Congreso en 1985— y se confunden los signos de la

economía: al finalizar 1984 se cree que la crisis está controlada y se opta de nuevo por el crecimiento. En julio de 1985 se vuelve a meter el freno y en enero de 1986 se derrumban los precios internacionales del petróleo, justamente en una fase de agudización del problema de la deuda. El tiempo económico es propicio para profundizar las medidas y Salinas de Gortari se hace cargo de la política económica. Al calor de la renegociación urgente de la deuda se aplica un primer programa de reestructuración global del proyecto nacional: reducción de la intervención del Estado en la economía, reprivatización productiva, apertura comercial, aflojamiento de los controles a la inversión extranjera y liberalización económica interna. Era, en suma, la definición de un nuevo modelo de desarrollo. Frente a la agudización de la crisis, la entronización de esta fase resultó relativamente fácil.

La cuarta etapa del proyecto salinista resultó su nominación presidencial en octubre de 1987. Ello significó, de manera consecuente, la decisión del presidente de la Madrid de decidirse por el candidato que representaba la continuidad de un proyecto. A su favor operaron varios hechos: el fin del ciclo del Estado en el medio internacional, el surgimiento de las corrientes de reestructuración en muchos países, el agotamiento de la clase política del Estado intervencionista y el recambio en las instancias de decisión económica y política por delamadridistas acordes con el proyecto salinista. La decisión del sistema por la candidatura de Carlos Salinas de Gortari para la Presidencia de la República —con todo ese proceso accidentado, confuso y autoritario— representó la confirmación de que no iba a haber caminos de regreso en el gobierno. La imposición del candidato priista obligó a definiciones de la clase política: apoyar a Salinas de Gortari implicaba compartir su proyecto. Aunque hubo priistas que pensaron —y siguen pensando— dar la lucha desde dentro en contra

del proyecto salinista, al final de cuentas las evidencias son las que cuentan.

El proyecto nacional de desarrollo salinista parte del hecho de que México se encuentra en una etapa depresiva del Estado y de una nueva composición social y productiva. Un ciclo, en consecuencia, llega a su fin y se abre otro nuevo. Ello exige la necesidad de reformular modelo de desarrollo, sistema político y pactos sociales. De acuerdo con el PGD, el PND, la política anticrisis 1985-1986, el discurso de aceptación de la candidatura, los cuatro discursos del reto nacional y el discurso de toma de posesión, el proyecto salinista puede plantearse en torno a los siguientes puntos:

- Nueva composición de la economía mixta.
- Neoliberalismo económico.
- Recomposición de las tareas y funciones del Estado.
- Subordinación del sistema político al nuevo modelo de desarrollo.
- Nuevos acuerdos sociales, políticos, económicos y productivos.

La idea central del salinismo es la de encontrar nuevos espacios que contribuyan a solucionar estructuralmente la crisis. Para Salinas de Gortari, buena parte del origen de la crisis está en la intervención excesiva del Estado en la economía. En este contexto es en el que se pasa del concepto de intervención directa del Estado en el sistema productivo al concepto de rectoría económica del Estado. Es decir, el Estado deja de ser *agente productivo* y sólo se queda en agente regulador de las actividades económicas. Ello implica, automáticamente, el hecho de que el sector privado sustituya los espacios que deja el sector público. Se trata, en suma, de un modelo económico y productivo neoliberal que aspira a responder a las expectativas de una población que demanda empleo, salarios y bienestar social. Se trata, de hecho, de una

fractura histórica en la evolución del país.

### III

Lo que comenzó como intención y luego pudo convertirse en posibilidad de gobierno, finalmente derivó en aplicación desde el poder. Los problemas del pasado, cuando se formaba parte de un gobierno, ahora cristalizan con la titularidad del Poder Ejecutivo para el responsable directo del proyecto salinista. No habrá vacilaciones: se supo desde el momento mismo de la nominación del candidato presidencial priista, cuando el presidente de la Madrid impuso a Carlos Salinas de Gortari en contra del voto del sistema político. Esa imposición propició de hecho una depuración del sistema político priista —la exclusión del PRI de la Corriente Democrática de Cuauhtémoc Cárdenas y Porfirio Muñoz Ledo, y la subordinación de la clase política a los dictados del grupo compacto salinista— como primer



paso. Los demás se dieron en los primeros cien días del gobierno salinista.

Los primeros cien días del gobierno salinista han perfilado con precisión una intencionalidad clara para introducir un nuevo esquema nacional a partir de la reestructuración global del existente, replanteando espacios de poder, subordinando sectores y consolidando la hegemonía del Estado. Los primeros indicios fueron claros: golpes espectaculares contra liderazgos de sectores corporativos, con la intención original de recuperarle al presidente de la república, al sistema presidencialista y al Estado margen de maniobra y autoridad política. A partir de la reconstitución de la fuerza del Estado, del presidente y del sistema, el gobierno salinista ganó tiempo para renegociar la deuda. A partir de ahí —fuerzas gubernamentales y renegociaciones de la deuda—, la reestructuración global de la nación sería la tarea final.

La lista de golpes espectaculares del salinismo condujo a un sacudimiento político nacional. No era para menos. Debido a la débil base político-electoral, el salinismo necesitaba ganar fuerza política antes de la próxima contienda electoral. Los primeros cien días de Salinas de Gortari fueron nítidos en su alejamiento del uso de las estructuras políticas del sistema, al grado de que las instancias de control político no fueron ni el PRI ni la Secretaría de Gobernación, sino la Procuraduría General de la República y Auditoría Fiscal. Con sus golpes espectaculares, el presidente Salinas de Gortari reordenó las líneas de autoridad, apeló al apoyo social y ganó tiempo. Sin embargo, el retraso en la renegociación de la deuda hasta abril impidió la definición de la política económica. Si la renegociación se esperaba en febrero, su alargamiento obligó al uso de golpes espectaculares para renovar consensos y revalidar esperanzas. Los problemas en la redocumentación —el fracaso del Plan Aspe y la llegada del Fondo Monetario Internacional y del Banco

Mundial— se convirtieron en las primeras evidencias del fracaso del modelo salinista.

El proyecto salinista de recomposición nacional está claramente definido y se prevé que se entronice. La renegociación de la deuda fracasó en los términos en los que la prometió Salinas de Gortari, aunque lo logrado en el contexto del Plan Brady saca el asunto del empantanamiento. Pero el proceso será largo, lo que obligará al presidente Salinas de Gortari a echar mano de vez en cuando del recurso extremo de los golpes espectaculares. La modernización salinista se prevé como una mutación paulatina, irreversible, progresiva y general. El modelo salinista parte del criterio de que lo hecho hasta ahora ya agotó sus posibilidades y es necesario replantear la estructura productiva, política y social. Si ello lleva al reconocimiento de que el pasado histórico nacional no es funcional con los retos del futuro, entonces habrá que asumir la verdad y construir nuevos esquemas de desarrollo general.

El arranque del gobierno salinista ha estado delimitado por varios pasos muy claramente determinados: 1. Definición del modelo salinista. 2. Recomposición del liderazgo gubernamental y estatal. 3. Reasignación de tareas y áreas de poder de los sectores nacionales. La tarea ha sido difícil, pues el presidente Salinas de Gortari ha tenido que navegar entre tres contradicciones básicas: la de tomar el poder en nombre de las clases populares para fundar un sistema al servicio de los intereses empresariales o de acumulación privada de capital; la de obligar a los sectores del sistema a apoyar y hacer suyo un proyecto contrario a sus intereses; y la de llegar al poder en medio de una oleada democrática sin precedente, pero verse obligado a ejercer el poder de manera autoritaria para poder sobrevivir como gobierno y como presidente. Al final de cuentas, bien temprano se supo que los golpes espectaculares se promovieron como intentos de democratiza-

ción, pero a la larga sólo quedaron en descabezamientos de liderazgos corporativos que le impedían capacidad de acción al Estado.

El salinismo o la *salinastroika* está en marcha:

Redefinición del modelo global de nación. El salinismo lleva implícita una recomposición general de la vida nacional. La modernización que permea el discurso del presidente Salinas de Gortari no se agota sólo en la necesidad de internacionalizar la economía o de ajustar el país a la condicionalidad de los acreedores, sino que apela a la urgencia de replantear todo el país. Lo que comenzó con el Plan Global de Desarrollo, avanzó con el Plan Nacional de Desarrollo y se perfiló con la nominación presidencial de Salinas de Gortari quiere profundizarse como ejercicio del poder. La entronización será dolorosa, pues se trata de abdicar de compromisos históricos que le han dado justificación al país y al gobierno. No sólo se cambiarán objetivos, sino que se modificarán métodos, alianzas, compromisos y saldos.

La redefinición de país implícita en la *salinastroika* comprende tres objetivos concretos:

- Reestructuración productiva. Para el salinismo, una explicación de la crisis descansa en la ruptura de los acuerdos de la economía mixta. Los avances del Estado y las insuficiencias del sector privado condujeron al incumplimiento de metas productivas y a la exacerbación de conflictos como inflación y sobreendeudamiento. Para el salinismo, el sistema productivo como responsabilidad de la inversión estatal o de la intervención productiva del Estado concluyó su ciclo. El PGD de 1980, el PND de 1983 y el discurso del reto económico de 1988 señalan la necesidad de un nuevo sistema productivo. La reestructuración del modo de producción es,



en consecuencia, tarea prioritaria: disminución del tamaño del Estado, retiro del Estado de áreas productivas, apoyo al sector privado, desregulación productiva, apertura comercial, estímulo a la inversión extranjera, liberación económica interna. La reestructuración productiva implica, asimismo el trastocamiento de metas productivas: no crecer para distribuir, sino crecer por crecer. La acumulación privada en el crecimiento económico se convierte, así, en el elemento básico del desarrollo.

— Nuevo proyecto nacional de desarrollo. El trastocamiento de las metas del desarrollo implica, de suyo, el replanteamiento de los objetivos sociales, económicos y políticos del desarrollo. Ello impactará el proyecto nacional de desarrollo, históricamente vinculado al papel activo del Estado como el instrumento dinámico en la creación y la distribución equitativa de la riqueza. El viejo proyecto nacional resultaba la expresión política de compromisos históricos entre las clases más necesitadas y la clase política; el nuevo proyecto nacional de desarrollo trae consigo sus propios compromisos. Los saldos del abandono del viejo proyecto nacional están a la vista con el rezago social del gobierno de la Madrid-Salinas de Gortari: la pobreza fue consecuencia de una estrategia de desarrollo que dio prioridad a la creación de la riqueza y no a su distribución.

— Recomposición del sistema político. La reestructuración productiva y el nuevo proyecto nacional de desarrollo están amarrados a la necesidad de un sistema político compatible con los nuevos esquemas de funcionamiento de la nación. La necesi-

dad de un nuevo sistema político se deriva del hecho, por ejemplo, de que históricamente la fuerza económica del Estado definía la fuerza de la clase política. El PRI como eje del sistema político tendrá que ajustarse a la nueva realidad en la que valdrá más el sector empresarial como clase productiva que la clase política como clase ociosa. Los espacios políticos tradicionales del país —burocracia, Congreso, gubernaturas, sindicatos, agrupaciones sectoriales, presidencias municipales y PRI— deberán ser correspondientes a las nuevas metas y estructuras de desarrollo del salinismo. La transición se prevé dolorosa, plagada de tensiones y con ejercicios desusados de fuerza —*La Quina* y Legorreta Chauvet, por ejemplo.

Si algo evidencia el salinismo o la *salinastroika* es justamente el agotamiento de un modo de vida y la definición de otro. El modelo nacional derivado de la revolución mexicana se agotó y el salinismo define otro. El arranque del gobierno salinista reproduce en su seno las contradicciones de esta recomposición y de esta búsqueda de legitimidad. La reestructuración implícita en el salinismo se planteó, de origen, una cirugía mayor en el cuerpo social y político de la nación. Los golpes espectaculares contra el liderazgo sindical petrolero o contra el dueño de una de las más importantes casas de bolsa no se dieron en el vacío político, sino que apuntaron justamente a mostrar que el ejercicio del monopolio de la represión que tiene el Estado puede orientarse a objetivos políticos. Luego de esos golpes, el presidente Salinas de Gortari fortaleció el presidencialismo, anuló el poder de las corporaciones y ganó iniciativa política para profundizar su proyecto. En este sentido, la *salinastroika* buscará reestructurar el sistema corporativo en temas concretos

para construir un neocorporativismo funcional a los intereses del proyecto salinista. Los objetivos están trazados con precisión:

*Neosindicalismo.* Como sector corporativo, el sindicalismo ha sido, quizás, el único sector con autonomía relativa de la clase política. Es el sector fuerte por excelencia y ha sido históricamente el destinatario de la acción del Estado. Ello llevó a que el sindicalismo fuera un sector capaz de imponer decisiones al gobierno. El nuevo proyecto nacional necesita de un sindicalismo subordinado a las nuevas metas de desarrollo. El esquema apela, en consecuencia, a redocumentar el papel del sindicalismo. Así como en los cuarenta los militares fueron anulados en el PRI y enviados a los cuarteles, así el salinismo quiere regresar a los sindicatos a las fábricas y que dejen de ser factor de poder. La tarea del salinismo tiene prioridades: excluir a los sindicatos de la política, excluir a los sindicatos del sistema productivo y excluir a los sindica-



tos del proceso productivo.

*Neoempresariado.* Aunque los empresarios constituyen la pieza clave del proyecto salinista, su importancia será fundamentalmente productiva. Los empresarios llegaron a constituir un poder político en sí mismo —se les conoce como uno de los sectores invisibles del sistema— y por tanto, como los sindicatos, pudieron rebatir decisiones de Estado. A través de desinversiones, atonías, fugas de capitales, inflaciones y movilizaciones políticas, los empresarios llegaron a paralizar al Estado. Como sector productivo, los empresarios serán el jalón del modelo salinista, pero a condición de no aspirar al poder político. La meta del salinismo será la de construir un neoempresariado a través de cuatro hechos: reestructuración del sistema de economía mixta con el retroceso del Estado, reorganización de la participación política y económica de los empresarios, la suscripción de un acuerdo político Estado-empresarios para producir y la aceptación empresarial de la hegemonía política del Estado.

*Neoestado.* La reestructuración productiva y política, y el replanteamiento de las tareas de los sectores, se profundizarán con el propósito de fortalecer políticamente al Estado. El proceso será un poco difícil de explicar para el propio gobierno: perder fuerza económica con el repliegue productivo del Estado y ganar fuerza política con la inducción de recomposiciones en sectores, feudos, corporaciones y clases. Se asiste al entierro oficial del Estado derivado de la revolución mexicana y se busca la creación de un Estado por encima de la lucha de clases. El salinismo habla de la autonomía relativa del Estado del conflicto social histórico. Un Estado con estas características se vería liberado del afán intervencionista en el proceso económico y productivo, y fundaría su fuerza sólo en la capacidad de movilización política.

*Neocorporativismo.* Otros sectores corporativos se verán sometidos a cirugía mayor. La

idea central del modelo salinista será la de recuperar para el Estado y para el gobierno capacidad de maniobra perdida en el pasado. Los sectores que serán *redimensionados* son pocos, pero importantes: la Iglesia dejará el ostracismo político y actuará a la luz del día; el ejército no intervendrá en política y su actuación será de brazo armado; la clase política se subordinará a la línea oficial; el PRI se someterá a una reforma política compatible con el deseo salinista de no convertirse en poder autónomo o corporativo; la oposición no será fácil su acceso al poder; los Estados Unidos se convertirán en objetivo del modelo salinista; y la prensa dejará de ser consentida del Estado y del gobierno, y se verá obligada a redefinir sus lealtades.

La profundidad de la cirugía mayor del salinismo será correspondiente al saldo electoral que le dio el triunfo a Salinas de Gortari. De hecho, el país se encuentra en la ruta de una recomposición autoritaria del presidencialismo justamente en una fase de demanda social de democratización. El saldo de esta confrontación tardará en conocerse, pues 1989 será un año de acomodamiento político y de guerra de posiciones. Salinas de Gortari tiene el poder, pero no el gobierno. La sociedad no tiene el gobierno ni el poder, pero profundiza sus afanes de democratización. Las cartas están echadas.

#### IV

Aunque las propuestas y metas de la *salinastroika* estaban perfectamente determinadas, sin embargo su aplicación no ha estado exenta de sobresaltos. Su inicio estuvo marcado por los signos de la ruptura institucional, sin eficaces piezas de recambio. Todo quedó en golpes espectaculares que agotaron sus posibilidades en sí mismos, al tiempo que generaron expectativas sociales que no pudieron satisfacerse. Por ejemplo, el golpe al liderazgo petrolero quiso

mostrarse como un intento de reestructuración inducida en el sindicalismo corporativista, pero al final quedó sólo en el descabezamiento sindical. Más aún, se despertaron inquietudes democratizadoras en otros sindicalismos controlados del sistema: maestros, músicos y burócratas, y no pudieron satisfacerse.

Las razones de este esquema limitado de gestión gubernamental radican en hechos concretos:

a) Ausencia de legitimidad política del gobierno salinista, producto de un proceso electoral desaseado.

b) Presencia de una sociedad más democrática que votó el 6 de julio en contra del presidencialismo autoritario.

c) Falta de control político del grupo compacto salinista sobre las instancias del sistema.

d) Retraso en la renegociación de la deuda y por tanto imposición del programa económico salinista.

e) Resistencia de los sectores institucionales del sistema a una reestructuración autoritaria.

f) Uso excesivo de la autoridad y el poder para someter a los sectores corporativos del sistema.

g) Falta de piezas de recambio en el grupo salinista para sustituir a los liderazgos corporativos.

h) Escasa experiencia política del grupo compacto salinista para mover los hilos de la *salinastroika*.

i) Ausencia de un PRI capaz de asimilar la intencionalidad del salinismo.

Paralelamente a estos hechos, otros más se conocieron apenas en la fase de arranque del salinismo para evidenciar las dificultades del proyecto de la *salinastroika*. Si bien el proyecto de Salinas de Gortari se diseñó conforme a la profundidad de la crisis y de la propuesta de un modelo capaz de sacar al país de la crisis y encamarlo en el crecimiento económico sano, suficiente y eficiente, ya desde el poder las cosas no se ven tan fáciles. Sin embargo, las expectativas de los compromisos

salinistas fueron claras: no atenuar la crisis, sino solucionarla definitivamente. El modelo de Salinas de Gortari buscó operar simultáneamente sobre las tres grandes crisis nacionales: la del modelo de desarrollo, la del sistema político y la de los pactos sociales. A partir de la reestructuración general del país, las perspectivas de la recuperación se daban casi automáticamente.

No obstante, la situación se dificultó desde el comienzo por tres fallas fundamentales:

a) La renegociación de la deuda no se dio en los términos del Plan Aspe. El proceso será tardado y tendrá que pasar necesariamente por compromisos y condicionalidades con el Fondo Monetario Internacional y con el Banco Mundial. La amenaza de moratoria nunca fue asumida como posibilidad real, sino apenas manejada como amenaza. La disponibilidad de recursos frescos, la disminución de la deuda nominal y el uso de esquemas de bonos no resultó como se esperaba. La tardanza en el proceso de renegociación encontró un gobierno salinista tempranamente desgastado, más aún cuando el proceso de renegociación se manejó en secreto, pese al compromiso y demanda salinistas de convertirlo en tema de debate nacional.

b) Aunque había consenso nacional de que las cosas deberían cambiar, al final la capacidad de resistencia de los sectores corporativos del sistema fue mayor. La nueva asignación de tareas de los sectores del neocorporativismo salinista no se dio sin signos de tensión y hasta de ruptura. El descabezamiento de liderazgos agotados fue más doloroso de lo que se pensó. Al final de cuentas, el propio sistema político se ha encargado de entorpecer el funcionamiento del proyecto salinista y las piezas de recambio no operaron con eficacia ni prontitud. Aunque se hablaba de un grupo compacto salinista amplio y documentado, al final se vio que en la práctica se trataba de un grupo pequeño, cerrado y enfrentado entre sí. De ahí que el presidente Salinas de Gortari se

hubiera visto obligado a depender más del propio sistema que iba a destruir para sacar de ahí los liderazgos de sustitución.

c) Y finalmente, ya en la práctica se vio que el intento de cambiar el proyecto nacional de desarrollo —el histórico, democrático, popular y nacional— no fue tan fácil. Pese a las evidencias de que ese proyecto era de muchas maneras el generador de las crisis, los mexicanos no aceptaron inmediatamente su modificación o sustitución, porque ello implicaba perder o ceder privilegios, posiciones y beneficios. El problema del modelo salinista fue su falta de consenso nacional. Éste se extravió en las urnas, pero quiso imponerse por la fuerza. Los sectores sociales se dieron cuenta de que al proyecto salinista le faltaban 10 millones de votos y le sobraban 30 millones de mexicanos. No hacía falta ser adivino: el enorme empobrecimiento nacional del sexenio de la Madrid-Salinas de Gortari había exhibido ya el perfil antisocial, antipopular e impopular del proyecto nacional de desarrollo de la *salinastroika*. Para el sexenio 1989-1994 no se abría más que la expectativa de *más de lo mismo*.

Por lo demás, bien pronto se acumularon las evidencias de que el modelo salinista resultaba insuficiente —para decir lo menos— en comparación con las demandas sociales de bienestar. En este contexto, las tres grandes crisis nacionales no iban a resolverse, sino apenas a atenuarse. Los datos se conocieron aun antes de cumplirse los primeros cien días de gobierno:

1. El nuevo modelo de desarrollo nacional del salinismo no va a alcanzar para todos. Se parte del hecho indiscutible de que toda política anticrisis no sólo debe atender las nuevas demandas sociales de los seis años de gobierno del presidente Salinas de Gortari, sino que debería buscar la solución del rezago social acumulado por la crisis histórica y la atención a las demandas de los damnificados de la política económica de la Madrid-Salinas de Gortari de

1983-1988. Sólo en rezago, la demanda sigue siendo dramática: seis años de estancamiento económico, PIB por habitante en 1988 similar al de 1976, no se creó ni un solo empleo en el sector productivo, el salario real perdió 45 por ciento de su valor, el gasto público por habitante retrocedió dos sexenios, la tasa de desarrollo fue de -3 por ciento, entre los datos más reveladores.

El reto, por tanto, es incommensurable. Sin embargo, las posibilidades de crecimiento y desarrollo del modelo salinista son limitadas. Suponiendo una renegociación óptima de la deuda externa, el PIB del sexenio 1989-1994 sólo podrá ser de 3 por ciento promedio anual, suficiente para crear apenas 60 por ciento de los nuevos empleos que se demandarán en ese periodo. No habrá, en consecuencia, recuperación de lo perdido, y lo nuevo apenas podrá atenuarse. El salario real no se recuperará y sólo podrá aspirar a un deterioro menos pronunciado. El gasto público seguirá



siendo restrictivo por razones antiinflacionarias, el PIB por habitante seguirá cayendo. Si acaso, se crecerá positivamente, pero no se distribuirá equitativamente, debido a que el modelo salinista está construido en función del aumento de la acumulación privada de capital como paso previo para la ampliación de los niveles de inversión empresarial. En suma, habrá crisis, pero un poco menos.

2. La reestructuración del sistema político no se hará en los términos de las demandas democratizadoras de la sociedad, sino en función de la compatibilidad con el nuevo proyecto nacional salinista. Esta disociación de objetivos entre el gobierno y la sociedad será el fermento de inquietudes políticas a lo largo del sexenio. El presidente Salinas de Gortari está obligado a probar su fuerza político-electoral en cada elección importante en el país. El mandato del voto del 6 de julio fue claramente determinado por la aspiración democrática de la sociedad, pero resulta que en la

práctica se puso en marcha un operativo de consolidación del sistema presidencialista por la vía del autoritarismo. No fue fácil, al grado de que hubo de acudir a la fuerza de persuasión del sistema, encarnado ahora por la Procuraduría de la República y Auditoría Fiscal.

El problema básico del país es que la sociedad demanda más democracia y el gobierno necesita fuerza política. Ambas posiciones son excluyentes. El salinismo ha dado algunos pasos inequívocos: endurecimiento del ejercicio político; verticalismo en las decisiones presidenciales; imposición de condiciones para la democracia; intentos por anular, dividir y *cooptar* a las oposiciones; desmantelamiento autoritario del PRI; cierre de los espacios burocráticos a la clase política progresista; condicionalidad en el ejercicio de la política institucional; represión política en el intento de inducir cambios en los liderazgos corporativos. Si un neoliberalismo económico necesita para funcionar un neoliberalismo político, resulta que el modelo salinista abre la economía y cierra la política. En el mediano plazo, esta fórmula va a mostrar su ineficacia.

3. Y finalmente, al evidenciarse las limitaciones del modelo de desarrollo y el endurecimiento del sistema político, los nuevos pactos sociales mostrarán desequilibrios evidentes. Históricamente, los pactos sociales han sido consecuencia directa de los acuerdos económicos y de los compromisos políticos en una competencia de beneficios del desarrollo y de áreas de poder. La economía mixta y las bases sociales del Estado no fueron impuestos por el gobierno en turno, sino que fueron consecuencia de la correlación de fuerzas políticas y sociales. La caracterización social del Estado le dio a esta institución una base social determinada. Como el salinismo y la *salinastroika* parten de un modelo externo al sistema económico y político, no son expresión de fuerzas sociales ni políticas. Ello indica la posibilidad de conflic-

tos para la definición de los nuevos pactos sociales.

Por lo demás, los pactos sociales han definido también alianzas políticas. La reestructuración salinista se dará en el contexto de un modelo en funcionamiento en donde no hay vacíos de poder: lo que gane un sector lo perderán otros. Así, la nueva correlación de fuerzas políticas que promueve el salinismo provocará reacomodos en los pactos sociales. Si hay negociación, la transición será incruenta; si se siguen imponiendo por la vía de un presidencialismo autoritario, los sobresaltos serán continuados y la lucha de fuerzas irá agudizándose. Asimismo, habrá que suponer que esos pactos sociales van a depender también de los saldos económicos. Ya se ve a un sector obrero haciéndose difícil en la recomposición de los pactos porque prevén deterioro salarial, o a los campesinos regateando apoyos y nuevos consensos sociales por problemas tan particulares —pero de efectos en cadena— como la congelación de precios de garantía.

V

Como se ve, el gobierno salinista no las tiene todas consigo. Si bien parte de una definición de aspiraciones muy precisa, al final de cuentas carece de base social y política, y de consenso económico. Los proyectos nacionales no se imponen desde fuera, sino que responden a correlaciones de fuerzas políticas y sociales. Y el salinismo tiene la fuerza y el poder, pero no el consenso. El problema es que parte de la definición de un modelo que iba a sacar al país de la crisis, pero que quedará sólo en una estrategia para evitar mayor deterioro. Ésta es su falla de origen. Al final de cuentas, seguirán prevaleciendo las tres grandes crisis nacionales y el gobierno salinista bien podrá ser una etapa más en esta crisis en la transición de la crisis.

